



*Quizá la brutalidad de nuestro tiempo radique en que queremos someter la verdad y la belleza en vez de someternos a ellas*

La belleza y la verdad puras enloquecen a las personas. Ya lo decía el pájaro que sale en un poema de **T. S. Eliot**: *los hombres no pueden soportar demasiada realidad*. Me volvió esta idea ayer al leer un reportaje sobre los astronautas que llegaron a pisar la luna.

Casi todos sufrieron trastornos, fueron incapaces de continuar con sus vidas anteriores, con sus familias, dejaron la NASA y varios fundaron cultos religiosos o asimilables. Uno se hizo pintor de cierto éxito y se dedicó a intentar reproducir vez tras vez la misma imagen: aquel contraste furioso de negro y blanco que vivió en la Luna, astronautas sin rostro o mejor, con el rostro tapado por el reflejo de su casco, como si no importara.

Se llamaba **Alan Bean**, del *Apolo 12*, año 1969. Otros se negaron a hablar nunca de lo que habían visto, como **San Pablo** cuando volvió de ver el cielo y se limitaba a decir que *ni ojo humano vio ni oído oyó las cosas que Dios tiene reservadas para los que le aman*. La belleza es inefable, por eso siempre habrá poetas que intenten mostrarla, como en esos cuadros repetidos que pintaba el astronauta. Con la verdad ocurre lo mismo: es inefable en su núcleo. **Tomás de Aquino**, que fue

uno de los grandes filósofos de la historia, se dio cuenta casi al final de su vida, el 6 de diciembre de 1273, después de una fortísima experiencia mística. Y dejó de escribir.

Decía que su obra era paja comparada con lo que había visto. Que ni se había acercado a la verdad ni podía hacerlo, porque en el fondo la Verdad era demasiado grande e incommunicable. Quizá la brutalidad de nuestro tiempo radique en que queremos someter la verdad y la belleza en vez de someternos a ellas.

**Paco Sánchez, en [lavozdeg Galicia.es](http://lavozdeg Galicia.es).**